

DOS MUERTES EN DOS SEMANAS

DECIDIDAMENTE el Campeador no ama la quietud de la ciudad, no puede quedarse tranquilo en la corte. El rey, conocedor de sus gustos, sabe aprovecharse de ellos, y ahora tiene al Cid, hace más de tres meses, estudiando los campos, caminos y montes hacia Valencia.

Valencia la codiciada. Hacia ella se tienden los ojos de cuantos tienen un poco de poder efectivo en la Península. Es una carrera de miradas ansiosas a cuál llega primero. Solamente que la empresa es difícil, pues Valencia contiene lo más granado y poderoso de la morería y tiene defensas de mar y tierra inexpugnables.

No importa. El Cid vuelve a Castilla y trae ya sus planes de conquista en la cabeza y en los bíceps.

Viene al paso del caballo, soñando en el atardecer, soñando y silbando. Esta empresa ha sido un paseo, un paseo tranquilo y discreto de hacendado que sale a contemplar sus tierras. ¡Y cómo le gusta al Cid mirar a España! Echar el alma a pastar en sus valles y triscar en sus montañas. Echar a rodar los ojos sobre la Península amada, mirar su cielo, beber sus aguas, aspirar sus

V. HUIDOBRO

bosques, sus hierbas. En el alma del Cid crece toda la flora de España y él se siente embriagado de su propia alma.

Mientras sus ojos feroces e inocentes van mirando el mundo embriagados en la belleza de las cosas más simples, él piensa. Piensa en sus proyectos, piensa en Jimena y va silbando sobre sus pensamientos.

Babieca marcha encantado de los silbidos del amo. Siente unas ganas locas de saber silbar para acompañarle y formar un dúo egloheroico.

Jimena le ha perdonado, y aunque la discreción no le permite frecuentarla como antes, pronto llegará el día en que puedan realizar su sueño.

Esta vuelta a Burgos silenciosa, callada, sin bataholas de triunfo, aunque él trae un gran triunfo interior, le place enormemente. Saborea la calma de estos instantes con verdadera delicia.

Allá lejos ya se divisa la ciudad y nadie sabe que el Campeador retorna de un largo viaje secreto. A su paso los labriegos se descubren y bendicen al cielo que les procura la dicha de verlo en sus caminos.

Apenas llega a Burgos, una noticia corre a traspasarle el corazón: sus padres han muerto. En el espacio de dos semanas murieron ambos. Bendiciendo su nombre, volaron el uno en pos del otro, de la gloria a la gloria.

Arias Gonzalo le da la noticia. El dolor lo demuda. La noticia lo atraviesa de parte a parte. Como un niño se echa llorando en brazos de su tío.

El rey le dice entre lágrimas que entierre a sus padres en la abadía de San Pedro de Cardeña, ciudad que él le dió en feudo como premio a sus triunfos contra los enemigos de Castilla.

Llora el rey, llora Burgos, llora España, llora el Ro-

MIO CID CAMPEADOR

mancero. Por encima de todas las lágrimas se oyen los sollozos de Vivar.

Hacia allá parte el Cid. Cumplida su misión ante el rey, que le abraza como otro padre, vuela a su casa solariiega a encerrarse en el dolor, entre los muros del recuerdo.

Allí estará más en contacto con ellos, allí podrá respirar el aire que ellos respiraron por última vez.

Allí verá la figura adusta del amado viejo sentado en su sillón, mirándole orgulloso, entre panoplias y armaduras. Allí verá la figura dulce de su madre entre las frutas de la mesa, detrás del humo de la sopa.

Diego Laínez y Teresa Alvarez están en todos los rincones de Vivar y en toda el alma de su hijo.

Ellos vinieron al mundo para engendrar la epopeya y vivirán encima de todos sus actos, flotarán sobre todas sus proezas, reinarán en todos sus himnos.

Diego Laínez y Teresa Alvarez duermen el sueño eterno bajo la piedra del romance, la piedra esculpida por el hijo.

El Cid llora sobre esta piedra, llora como nadie nunca ha llorado, y yo soy el único en mirarlo.